

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 40.—BARCELONA 22 DE MARZO DE 1915



Húsar alemán con su caballo

CRÓNICA INTERNACIONAL

I. Italia y los Dardanelos.—II. Los pueblos balkánicos.—III. ¿Qué se propone Inglaterra?

I.—Italia y los Dardanelos

Arrecia estos días la prensa de Francia e Inglaterra en su campaña enderezada a provocar la intervención de Italia, aduciendo un argumento que asombra por lo infantil e ilógico: puesto que Turquía—dice—va a ser aplastada y desaparecerá de Europa, ha llegado la ocasión de que Italia se apodere del Trentino y ocupe Trieste.

Si el buen sentido no estuviese reñido con todo o casi todo lo que aquella prensa viene escribiendo desde el mes de agosto, comprenderían los aliados

que el ataque a los Dardanelos ha producido un efecto deplorable en Italia y ha contribuido más que las victorias de los alemanes, a que el gabinete de Roma rehuse su apoyo a los de París y Londres.

Si Constantinopla cae, y las costas de Siria son ocupadas por los rusos o ingleses ¿cuál será el porvenir de Italia, encerrada en un mar cuyas puertas posee la Gran Bretaña, con la Libia entre Argelia, francesa, y Egipto, inglés, y con un vecino poderoso, Rusia, en el oriente? ¿Le compensaría la anexión de un pedazo de territorio austriaco, la pérdida definitiva de su supremacía en el Mediterráneo y de sus

sueños de engrandecimiento comercial? Nosotros, con libre salida al Atlántico, todavía podríamos pensar en los destinos del mundo, pero Italia, metida en un mar británico y con vecinos tan fuertes como Francia, Austria y Rusia, habría dejado de ser gran potencia y su ocaso estaría cerca.

Por eso ya no se recatan en la península de los Apeninos en afirmar que si el Trentino les es conveniente, más necesaria les es aún la posesión de Túnez (francesa), así como la participación en el reparto del Asia Menor. Es decir, que a falta de otra cosa Italia aceptaría el Trentino, pero sus deseos se dirigen a otros objetivos y están en pugna con los de los aliados.

Pero Italia seguirá neutral por ahora. Saldrá de la neutralidad cuando los dos grupos de beligerantes estén destrozados, y aquel día no pondrá su espada al servicio de ninguno de ambos, sino de sí misma.

II.—Los pueblos balcánicos

En un caso análogo se encuentra Grecia. ¿Es sincero el desengaño que fingen los periódicos franceses por la inesperada (?) actitud del rey Constantino? ¿Pretendía acaso Francia o imaginaba Inglaterra que los gobiernos balcánicos serían tan cándidos como el belga, y que enviarían sus ejércitos a poner en manos ajenas los pedazos del imperio turco, que si a alguien corresponden es a Grecia? ¿Iban Bulgaria y Rumanía a excavar la fosa en que las sepultaran Rusia e Inglaterra?

Muy ventajoso es a cualquier nación el aumento de su territorio; pero cuando ese aumento puede ser el primer paso para la pérdida de la existencia nacional, el partido que debe tomarse no es dudoso.

La conquista del N. de Marruecos por Francia hubiera sido nuestra ruina y, a la larga, acaso la de nuestra independencia; se puede ser vecino de dos, de tres, de varios Estados poderosos, pero no tener a uno solo de ellos al N., al S. y al E. y a otro, aún más temible, al O. De la misma manera, el día que Rusia llegue al Adriático por Serbia, y ella o Inglaterra ocupe los Dardanelos, todos los pueblos balcánicos irán desapareciendo devorados por el hambre voraz del coloso.

Los Dardanelos, ese nombre histórico, puede ser, y a eso se tiende, el comienzo de una conflagración más espantosa todavía que la que ahora ensangrienta los campos y mares de Europa. Siempre tuvieron para esta extraordinaria gravedad los conflictos que aparecían en Oriente, mientras que los llegados de Occidente tuvieron un alcance limitado. El Oriente encendió la guerra de 1912, cuya consecuencia ha sido la presente, y al Oriente vuelve el reflujo de escamar embravecido amenazando llegar hasta las más apartadas playas del Asia. Sabemos cuándo y cómo empieza este nuevo desastre, pero no cuándo, cómo y dónde terminará.

III.—¿Qué se propone Inglaterra?

Paralizar la acción de Turquía contra Egipto y la India, auxiliar a la bamboleana Rusia, ofrecer una ilusoria compensación a Francia, aumentar sus dominios,...; ciertamente, todos esos fines y otros menos importantes han llevado a Inglaterra a los Dar-

danelos; pero la causa primaria de resolución tan desesperada no es otra que la de haber reconocido su impotencia para destruir a Alemania.

Es la aplicación de la teoría del mal menor. Así como en caso de asolador incendio no se vacila en destruir a un barrio para salvar a la ciudad, de la misma manera Inglaterra ha prendido fuego en una hoguera lejana para que la magnitud del nuevo siniestro, sobreponiéndose al que tiene cerca, dé a la guerra nuevos derroteros... Alemania, en primer término, Rusia, Francia... tienen grandes intereses en Siria, acaso mayores que en Occidente, y es posible que sea únicamente Turquía la que pague las costas de la guerra. Los barcos y la diplomacia británicos se encargarán luego de poner un dique a los rivales.

El plan es grandioso, pero tememos que Inglaterra, que ha perdido la serenidad y que va repitiendo sus desaciertos, se equivoque. Sobre ella, que lleva a remolque a la alucinada Francia, recaerá la inmensa responsabilidad de esta tragedia. No hay otra esperanza de salvación que la resistencia de los fuertes turcos del célebre estrecho.

F. LARÍN.

POR QUÉ NOS ENCONTRAMOS EN GUERRA (1)

Según parece, todavía hay algunos ingleses e inglesas que yerran gravemente sobre los motivos que nos han inducido a desenvainar la espada. Creen que la flagrante violación de la neutralidad de Bélgica por Alemania es lo que colmó la copa de la indignación y lanzó nuestro pueblo a la guerra. No reflexionan que nuestro honor y nuestro interés debían habernos compelido a unirnos con Francia y Rusia, aunque Alemania hubiese respetado escrupulosamente los derechos de su pequeño vecino y tratara de abrirse camino hacia Francia a través de las fortalezas del Este. El canciller alemán ha insistido más de una vez sobre esta verdad. Se ha imaginado que al insistir en este punto formulaba un argumento poderoso contra nosotros. Esto, como tantas otras cosas, sólo demuestra que desconoce completamente nuestra actitud y nuestro carácter. La invasión de Bélgica, y todavía más el abominable sistema de crímenes que la siguió, es verdad que nos ha conmovido. Como Alemania, hemos considerado

(1) Llamamos la atención de nuestros lectores sobre el siguiente interesante artículo que en lugar preferente publica el *Times* del día 8 del corriente. Es la primera vez que la prensa inglesa se decide a hablar verazmente y abandona el tópico de la neutralidad de Bélgica, que a tantos ilusos ha engañado, para justificar la conducta de su nación. Si ahora se ha decidido a prescindir de aquel manoseado argumento, ello se debe a la necesidad de llevar al ánimo de los ingleses el convencimiento de que la guerra actual es indiscutiblemente nacional y que interesa y toca de cerca a todos. Pueblo práctico y poco idealista el británico, la campaña tendenciosa que abrió la prensa inglesa para justificar la defensa de Bélgica, dió por resultado que cundiera en la Gran Bretaña la creencia de que el conflicto no les interesaba de un modo directo; de aquí el fracaso del reclutamiento, la indiferencia ante el peligro, la continuación de los conflictos de orden social, el descontento por el encarecimiento de las subsistencias y por el aumento en los tributos, etcétera. Aquella campaña dió sus apetecidos frutos en los países neutrales y en las masas más predispuestas a creer lo que dijera Inglaterra, pero resultó contraproducente en el país propio. Ha sido menester desandar el camino y llamar a las cosas por su nombre. No obstante, ha dado demasiado juego la «neutralidad de Bélgica» para que los que la explotaron fuera de Inglaterra reconozcan su error.—F. L.

como un honor mantener la palabra empeñada. Pero sabemos muy bien que, al guardarla, el interés propio ha sido compañero del honor, de la justicia y de la piedad. ¿Por qué garantizamos la neutralidad de Bélgica? Por una imperiosa razón de conveniencia nacional, por la razón que siempre nos hizo oponernos al establecimiento de cualquier gran potencia contra nosotros en la costa del Este, por la razón que nos llevó a defender los Países Bajos contra España y contra la Francia de los Borbones y de Napoleón.

Guardamos nuestra palabra cuando la hemos dado, pero no la damos sin poderosas razones prácticas, y no queremos ser internacionales Don Quijotes, dispuestos en cualquier ocasión a vengar ultrajes que no nos afectan.

Herr von Bethmann Hollweg tiene toda la razón. Aunque Alemania no hubiera invadido a Bélgica, el honor y el interés nos habrían unido a Francia. Es verdad que rehusamos darle a ella y a Rusia ningún compromiso hasta el último momento. Pero, no obstante, durante los últimos años, les dimos a comprender que, si eran injustamente atacadas, podían contar con nuestra ayuda. Este ha sido el eje de la política europea seguida por las tres potencias.

Como la misma Alemania reconoce, fué un poderoso factor para la conservación de la Paz. Inglaterra ha reportado ventajas, lo mismo que sus amigos. Se habría deshonrado para siempre, si después de obrar de acuerdo con ellas en los tiempos buenos y alentado la confianza que tenían en nuestra ayuda, las hubiese abandonado en la hora del peligro. Esto es lo que el canciller alemán nos forzó a ejecutar. Comprendió que si nos rendíamos a sus seducciones y cometíamos aquel acto de bajeza, con el pretexto de que no nos habíamos comprometido técnicamente a ayudar a nuestros amigos, no volveríamos a encontrar amigos en lo porvenir. El arrojarlos en la política de completo aislamiento ha sido el sueño acariciado en la Wilhelmstrasse. Resultara en ventaja para el proyecto alemán de dominar al mundo, para lo cual es bien evidente que el preliminar ha de ser la destrucción, la humillación de Inglaterra. Pero, lo mismo aquí que en el caso de Bélgica, «El honor es la mejor política». Nos unimos a la Triple Entente porque comprendimos, aunque algo tarde, que había ya pasado el tiempo del «espléndido aislamiento».

Volvimos a nuestra política histórica de la balanza de poderes, por las mismas razones que la hicieron adoptar a nuestros padres. No entraban razones de sentimiento, sino de interés propio, de egoísmo (selfish). La principal de entre ellas era ciertamente el deseo de conservar la paz de Europa, pero era porque aquella paz era el único camino de mantener la nuestra. En vísperas de la guerra vimos, como nuestros padres en otros tiempos, que la primera línea de ataque y de defensa de Inglaterra se encontraba en sus alianzas continentales. Cuando arrojamos a todos los Estados de Alemania, y prácticamente a toda Europa, en la Gran Guerra (la napoleónica), no gastamos nuestro oro por amor a Alemania ni por la libertad de Austria, ni por altruismos de ninguna clase. No; obramos de aquel modo por nuestra salvación y nuestra propia ventaja, y,

como era de esperar, nuestros amigos fueron recompensados debidamente (2).

En la presente guerra, como una y otra vez hemos dicho en *The Times*, Inglaterra combate por las mismas razones exactamente que luchó contra Felipe II, Luis XIV y Napoleón. Lucha por los oprimidos, es verdad, de Bélgica y Serbia, y se regocija de pensar que se opone a los tiranos. Apoya a sus aliados en la defensa de su territorio y de sus hogares contra el agresor, y está orgullosa de derramar su sangre y su oro por una causa sagrada. Pero no lucha primariamente por Bélgica, ni por Serbia, ni por Francia, ni por Rusia. Estas naciones ocupan mucho sitio en sus pensamientos y en su corazón. Pero figuran en segundo lugar. El primer puesto corresponde, y corresponde de derecho, a ella misma. Por ella y por su Imperio, sus hijos luchan y mueren en las trincheras y campos de Picardía y Artois, por lo que su flota vigila incesantemente el mar del Norte, y por quien sus cañones se han disparado desde el Pacífico a los Dardanelos. Nuestros soldados y nuestros marinos están defendiendo sus hogares y los hogares de sus conciudadanos en el suelo francés y en aguas turcas, como si se encontraran frente a las tropas alemanas en Norfolk o a los barcos alemanes en Harwich. Nuestros enemigos están más lejos, pero si aplastaran a nuestros aliados, como presuntuosamente pretendían, el ataque a nuestra casa no tardaría mucho en sobrevenir. Alemania se jacta de que su misión histórica consiste en conquistar un gran imperio mundial, lo cual le dará el modo de imponer sus ideas a la humanidad. Nuestro imperio y nuestros ideales son el principal obstáculo a su plan.

Esta consideración es la clave de toda la política del mundo. Por ella ha empuñado el tridente. Por ella ha intrigado años y años en Egipto, en India, en el África del Sur. Por ella ha seguido con atención nuestras controversias domésticas y con vigilancia maligna ha creído descubrir en nosotros síntomas de decadencia. Por esto trató, repetidamente, de sembrar la desconfianza entre nosotros y nuestros amigos, y por lo que a lo último se esforzó en que fuéramos traidores. Su objeto en esta guerra es deshacer la Triple Entente, para destruir luego el libre imperio de Inglaterra y fundar sobre sus ruinas un imperio alemán mundial de militarismo y burocracia. Nos odia, así lo proclama, con odio más feroz que el que siente por los belgas y franceses. Nos odia porque nos envidia, y porque nuestro honor y nuestro buen sentido han roto los sutiles hilos de su diplomacia. Nos encontramos en armas para salvarnos de las mortales consecuencias de su malevolencia. Para proteger nuestros hogares del asesinato y del robo, del saqueo organizado y del sistemático asolamiento, hemos cruzado los mares; para proteger el Imperio, nuestra raza ha hecho un gran esfuerzo; por la seguridad de nuestros hijos y por conservar la herencia espiritual de la que somos los guardianes, tomamos parte en las batallas de Francia y enviamos allá los más grandes y los más poderosos ejércitos que ha conocido nuestra historia: los

(2) Sería muy curioso conocer el efecto íntimo que los párrafos anteriores y alguno de los que siguen despertará en los franceses y rusos.—F. L.

finés por los cuales Inglaterra ha empeñado su último chelín y su último hombre (1).

(De *The Times*).

LOS EJÉRCITOS DE KITCHENER

Hace poco que publicó la prensa la sensacional noticia de que el ministro de la Guerra inglés, después de ultimada la organización de seis ejércitos de a tres cuerpos cada uno, había dispuesto su transporte a Francia para dar el golpe decisivo en las próximas grandes operaciones.

Aun los admiradores del talento organizador del héroe de Ondurman, que con sabias y enérgicas disposiciones logró cubrirse de gloria en las campañas del Transvaal y de Egipto, hubieron de quedarse atónitos ante un resultado de su gestión ministerial, tan maravilloso e inaudito.

Que Alemania con su insuperable espíritu militar y con su institución del servicio militar obligatorio, que ya lleva un siglo en vigor, convirtiera sus veinticinco cuerpos de ejército en un centenar poniéndolos en combate a los pocos meses de decretada la movilización, y que además, según se susurra, haya allá otro formidable núcleo de tropas dispuestas a entrar en acción, cuando las circunstancias lo demanden, es cosa que no debe de asombrar, porque es proverbial la perfección del mecanismo de la guerra de la primera nación militar del mundo.

Pero que Inglaterra, a pesar de su reducido ejército de asalariados y de su tradicional desdén hacia el principio de la nación en armas, haya conseguido en brevísimo lapso de tiempo, reunir, instruir y dotar una tan enorme masa de combatientes, es un acto que por su grandeza excede todo lo fabuloso que puede soñar una exaltada imaginación.

Calculemos un cuerpo de ejército, con todos los servicios auxiliares (que son muy considerables en esta época de los grandes perfeccionamientos técnicos) en unos 40.000 hombres; diez y ocho cuerpos sumarán 720.000 hombres; es decir, que el voluntariado, en un país que siente aversión al servicio de las armas, ha producido de golpe una masa colosal de hombres dispuestos a dar su vida por la patria, porque en dicha cifra no están incluidos los muchos individuos que han ido a cubrir las bajas del primer ejército expedicionario.

Admitamos, sin embargo, que el orgullo británico, estimulado y encauzado por una prestigiosa personalidad, haya ocasionado una potentísima reacción en todos los ánimos. Pero ¿habrá oficiales para dirigir esta masa?

Alemania, de la que Inglaterra se burló siempre por su militarismo, ha conservado y nutrido con el

mayor interés numerosísimos cuadros de reserva, merced a los cuales ha operado el milagro de cuadruplicar rápidamente el número de sus grandes unidades de tiempo de paz. Miles de oficiales retirados (*zur Disposition* y *ausser Dienst*) han vuelto a activo. Y lo mismo acontece en Francia que en punto a militarismo rivaliza con Alemania, aunque sin incurrir en las chanzas de su aliada Inglaterra.

No basta destinar suboficiales al mando de compañías o batallones; no basta *dar las charreteras* a jóvenes de buena posición y *sportsmen* que desconocen en absoluto las durísimas condiciones que el combate moderno impone en aquel que ha de conducir masas de hombres a la muerte. El poner de pronto al frente de un regimiento a un joven ilustrado o noble que no ha hecho otra cosa en su vida más que distinguirse en los juegos de sport, es, en verdad, poco serio. Y no se concibe tampoco que unos oficiales fabricados a escape sean aptos para la difícilísima misión de instructores de reclutas.

Sería curioso también el indagar cómo se habrán creado los generales y los oficiales de Estado Mayor.

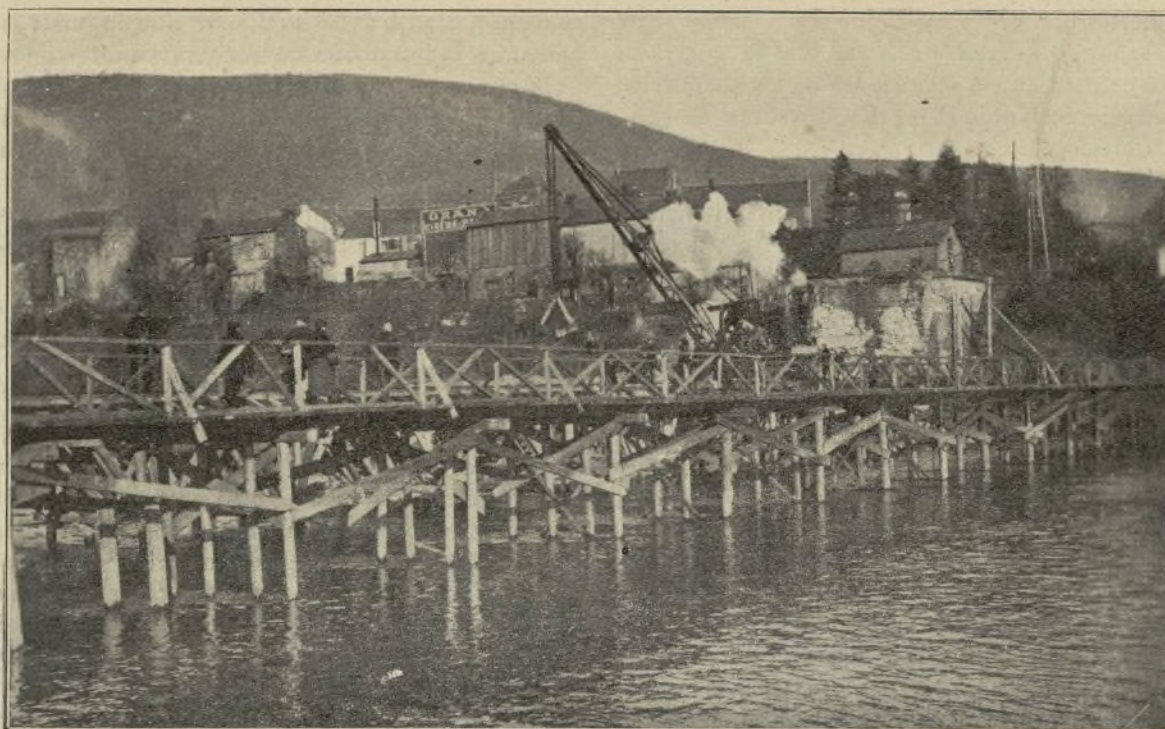
Se dirá, y es exactísimo, que Napoleón creó ejércitos de la nada. Los creó, sin embargo, después de muchas campañas, cuando todo el personal tenía una gran experiencia de la guerra y era posible una selección racional de los que por su carácter, valor y virtudes militares, bastante más sencilla en aquellos tiempos que en los presentes, en los cuales todos los adelantos científicos se aplican a la guerra y es incalculable la complicación que lleva consigo el manejo de masas gigantescas que han de ser alimentadas oportunamente y en el lugar adecuado, y han de operar y combatir, dóciles a un solo pensamiento director.

En el orden moral, es muy discutible la cohesión que puedan tener estas improvisadas tropas inglesas. La disciplina no es obra de un simple reglamento, sino producto de algo más hondo: del prestigio, de la confianza ciega que el oficial por su conducta y saber, impone a sus soldados. Y cuando éstos, por el sistema inglés de la recluta voluntaria, llevan sobre sí un antecedente sospechoso, no es de suponer que se sientan hipnotizados por un joven que alcanzó el empleo de oficial, muy correctamente, si se quiere, pero valiéndose casi siempre de la recomendación y de la intriga. La magia de la disciplina no subyugará a un soldado como el inglés que adoptó su profesión, no como el más sagrado de los deberes del ciudadano, sino como un oficio fácil y divertido, aun en medio de los riesgos que ofrece.

Otro punto debe considerarse en la organización de los nuevos ejércitos ingleses. La cuestión del material de guerra. Los hombres, aunque sean en número tan excesivo, pueden reunirse; su vestuario y equipo serán perfectísimos y dignos de la espléndida y rica nación británica, mas la dotación de material moderno que corresponde a las diversas armas y cuerpos no se construye en meses.

Se trata de miles y miles de cañones ligeros y pesados, con sus columnas de municiones, parques de ingenieros, teléfonos, te légrafos, radiotelegrafía, aerostación, trenes de abastecimiento, ambulancias sanitarias, etc., etc. Y el proceso de la fabricación de este inmenso material, sobre todo del de artillería que necesita de tantas pruebas y ensayos, no es po-

(1) El *Times*, que en los primeros meses de la guerra no cesaba de sostener que la actitud de Inglaterra se debía a la violación de la neutralidad de Bélgica por Alemania, acaba de rectificar, pero sólo en parte; aunque diga que el canciller alemán tenía toda la razón, solo la reconoce en un punto. En el anterior artículo no se dice una palabra sobre los intereses comerciales y materiales de los súbditos británicos, intereses en los que hay que buscar el fundamento de todo lo que ha hecho Inglaterra—como los demás pueblos que no han perdido de vista sus conveniencias—desde que se constituyó como nación; esperemos que, si la guerra continúa como hasta ahora, dentro de algunos meses *The Times* concluirá por desprenderse de sus últimas ficciones literarias de las herencias espirituales, militarismo y burocracia, y las substituirá por otras palabras más prosaicas.—F. L.



Puente provisional construido por los zapadores alemanes sobre el Mosa

sible abreviarlo en los términos que las circunstancias exigen, ni aún recurriendo a la industria norteamericana, puesta hoy al servicio de Inglaterra.

Muy pronto se confirmarán o desvanecerán nuestras dudas sobre la eficacia de los seis nuevos ejércitos de lord Kitchener en su lucha contra las aguerri-
das y victoriosas huestes del Kaiser alemán.

M. DE Z.

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

La compasión

(El señor A).—¿Querrá V. creer, don Subrio, que hasta ayer no descubrí cuáles son los motivos de que los franceses y los ingleses estén tan convencidos de su triunfo?



Guerrilla austriaca en los campos de la Bukovina

—No sé si los que yo conozco serán los mismos descubiertos por V.

(El señor A).—Verá V.: basta que la guerra se prolongue para que la victoria sea de los aliados; los alemanes perecerán de hambre y se habrán de rendir a discreción.

—¡Ja, ja! ¿A estas alturas se le ocurren a V. ideas más viejas aún que el secreto de lord Kitchener? Compadezca V. a los ingleses, señor A., y no a los alemanes.

(El señor A).—¿Cómo es ello?

—Lo que V. ha indicado se le viene diciendo hace seis meses, un día y otro, a los mercaderes de Londres y a los buenos pacíficos burgueses británicos, los cuales creen y están convencidos que los alemanes están ya comiendo ratones, serpientes y sabandijas para aplacar su hambre; de lo contrario, protestarían y se rebelarían al saber que ni la superioridad rusa, ni la fuerza francesa, ni la heroicidad inglesa, consiguen derrotar a los alemanes; pero como se le dice que la victoria no ha de buscarse en los campos de batalla, sino en las cocinas y despensas de Alemania, y que basta con que los alemanes no derroten a los ejércitos aliados para que al final sean aplastados, se conforma con las conquistas de veinte metros de trinchera o con la destrucción de un lanzaminas.

(El señor B).—Lo que me sorprende es que aún no hayan perdido, ingleses y franceses, la confianza en el rodillo ruso; todavía sigue funcionando, y me pasma que cada derrota de los rusos sea considerada como un hecho satisfactorio, presagio de una ofensiva arrolladora, por sus aliados.

—Esa confianza a que V. alude, no ha existido nunca; es una de tantas ruedas de molino con que la prensa y los directores de la política hacen comulgar al pueblo, que en todas partes y en todos los climas es el mismo: crédulo y dispuesto a admitir todo lo extravagante e inverosímil, cuanto más extraordinario mejor, y refractario a todos los dictados de la razón y del sentido común.

(El señor A).—Sin embargo, los periódicos ingleses no cesan de hablar de victorias...

(El señor B).—Lo mismo que la prensa francesa, que pregona sus éxitos en Argonne, en la granja de X., en la quinta de Y, en la casa del barquero, en el puente de Z, y en el vado de H...

—¡Si supieran Vds. la compasión que me dan, y la tristeza que me invade cuando leo estas fantasías!

(El señor A).—¡Es claro! Lamenta V. que los alemanes sean los que lleven la peor parte.

—¡No, si la compasión me la inspiran los franco-ingleses! Porque, desengáñense Vds., y atiendan a mi razonamiento. Los franceses han perdido su buena docena de plazas fuertes, se han apoderado los alemanes de toda Bélgica y de una parte de Francia, tienen en su poder cerca de 400.000 prisioneros franco-anglo-belgas y muchos centenares de cañones, y estos hechos están a la vista de todo el mundo y no se atreven a negarlos ni los periódicos más exaltados y de imaginación más volcánica; pues bien, un pueblo que se encuentra en estas condiciones, ¿qué debe pensar cuando se le consuela con la pretendida acción que nunca llega, de los rusos, o con la toma de una casa arruinada o de un grupo de árboles? Si nosotros estuviéramos en guerra con Francia y tuviéramos

hace medio año el enemigo en la línea del Ebro, ¿se consolarían Vds. si les dijeran que en un punto habíamos avanzado 50 metros y retrocedido en otro unos cuarenta? ¿Creerían Vds., aunque lo predicasen frailes descalzos, que la guerra nos era favorable? ¿Pues cómo habíamos retrocedido tanto? ¡Ya se nos podría hablar de los ejércitos de Xerxes, movilizadas en nuestra ayuda, que lo que tendríamos al alcance de la mano nos diría otra cosa bien diferente! Ha de ser triste, muy triste, tener al invasor en casa, y esperar el remedio de la ayuda ajena, cada día más remota, o de un avance que no se ve, ni aun mirándolo con el microscopio.

(El señor A).—Pero los ingleses no están en el mismo caso.

—Si es posible, peor todavía; casi me inspiran más lástima. ¡Una nación que pretendía ser la dueña del mundo y la reina de los mares, pendiente ahora de las hazañas de unos cuantos submarinos! El lector inglés, al levantarse de la cama, lo primero que mira en el periódico es cuántos barcos han sido echados a pique, y de lo primero que se preocupa es del encarecimiento de las subsistencias. ¡Vaya una manera de ser el amo y el que dicta leyes! Para amenizar su tristeza, diariamente se le relatan heroicidades de sus soldados, proezas estupendas, hechos que dejan atrás los de Rolando y el Cid..., pero el enemigo siempre en Bélgica y en Francia, y los barcos sin poder salir de sus puertos. ¡Pobres aliados! ¿Quién había de decirles, ellos tan soberbios y tan envanecidos, que serían objeto de la lástima de todo el mundo, hasta de los griegos! ¿Qué mayor victoria que ésta pueden obtener los alemanes?

(El señor B).—¡Exagera V., don Subriol!

—No tal. La prensa de aquellos países, y lo mismo sus políticos y gobernantes, nunca habla del presente ni del pasado, que ostentan colores sombríos y tétricos, sino del porvenir. Mañana los rusos harán esto o lo otro; llega el día de mañana y los rusos han ido de cabeza, y entonces ya no es mañana sino pasado cuando los rusos harán y acontecerán; las victorias de los alemanes en Rusia y en Francia no se cuentan para nada, pero en cambio un combate en el que veinte hombres han sorprendido a una patrulla alemana es objeto de largas descripciones y de inacabables comentarios y elogios... ¡Sí, pobres aliados, que después de haber creído que cogerían la luna con las manos se han pinchado en los cuernos y les sangran los dedos!

(El señor A).—Y los alemanes, ¿no le dan compasión? Porque tampoco han vencido definitivamente, que yo sepa.

—No, señor; los alemanes no me inspiran lástima. A ellos no les ha engañado la prensa ni sus gobernantes; si han de ser derrotados lo sabrán a tiempo, porque cuando sufren un pequeño descalabro se les dice; no esperaban que el camino fuese de flores, sino de abrojos y se prepararon y preparan para una lucha larga y difícil. Saldrán vencidos, sólo Dios lo sabe, pero no engañados. Lo triste es creer que se lleva la mejor parte y encontrarse a la postre con un completo fracaso.

(El señor B).—Los periódicos aliados no se limitan a eso que V. dice; también dan a conocer los atropellos y barbaridades cometidas por los alemanes.

—Atropellos y barbaridades que no he visto confirmadas por ningún español que haya visitado los teatros de operaciones. Que no se conducen como damiselas, es evidente, pero no sé cómo se conducirán los cosacos, ni los rusos, ni los franceses, ni los senegaleses, ni toda la patulea que ha acudido desde Asia, Africa, América y Oceanía. Y esa misma campaña de difamación, es otro motivo de compasión; a los partes alemanes, concisos, en los que generalmente se declara algún éxito, no tienen que oponer los aliados más que salvajadas de sus enemigos, algunas de ellas tan burdas, que se advierte desde luego que las ha inventado y con qué objeto. ¿No les parece a Vds. que debe ser muy triste contestar a la victoria alemana de Soissons, por ejemplo, con un despacho censurando al enemigo porque ha bombardeado la catedral de Reims? ¿Y a la ocupación de Bélgica con la destrucción de Lovaina, que luego ha resultado falsa? ¿Y a la victoria de Lorena con la descripción del martirio de dos mujeres francesas? ¿No en vano los mejores novelistas del mundo son de todos conocidos y no hay necesidad de señalarlos! Y en cuanto a dramaturgos y trágicos, ya saben Vds. a qué países pertenecen los maestros actuales. Y como todo esto no tiende más que a desviar la atención del verdadero pueblo y darle ánimos, apartándole de las amargas realidades que la guerra trae para los aliados, por eso se enciende en mi pecho las lástima hacia los rusos, franceses, ingleses y belgas, que no son responsables de las torpezas ni de la ambición de sus clases directoras. ¡Pobre pueblo el de aquellas cuatro naciones!

SUBRIO ESCÁPULA

LA BATALLA NAVAL DEL MAR DEL NORTE

El almirantazgo británico ha hecho públicos los partes oficiales de los almirantes Sturdee y Beatty, sobre las batallas navales de las islas Malvinas y el mar del Norte. El relativo a la primera confirma lo ya dicho en estas páginas, sin aportar ningún dato nuevo, ni modificar los ya conocidos. Mucho más interesante es el de la batalla del mar del Norte, del día 24 de enero.

Componían la escuadra británica los cruceros acorazados: *Lion*, *Princess Royal*, *Tiger*, *New-Zealand*, *Indomitable*, los cruceros ligeros *Southampton*, *Nottingham*, *Birmingham*, *Lowestoft*, *Arethusa*, *Aurora*, *Undaunted* y dos flotillas de destroyers y cazatorpederos. La escuadra alemana estaba formada por tres cruceros acorazados, el anticuado *Blucher*, seis cruceros ligeros y varios destroyers, y fué descubierta su presencia a las 7 y 25' de la mañana. Al advertir los barcos alemanes que el enemigo se aprestaba a atacarles, tomó el rumbo S. E. pero los cruceros de batalla ingleses aumentaron la velocidad a 28,5 millas y poniendo la proa hacia el S. E. cortaron el paso a los adversarios. A las 8 y 25' la distancia se había acortado a veinte kilómetros y a las 9 y 9' el *Lion* disparó los primeros cañonazos, siendo esta la señal del combate, que se generalizó a las 9 y 15'. El *Lion*, el *Princess Royal* y el *New Zealand* concentraron su fuego sobre el *Blucher*, que era el cuarto barco de la línea de fila que formaba la escuadra alemana, resguardada por su banda de estribor por las escuadrillas de los destroyers. A las 9 y 45' la situación

era la siguiente: el *Lion*, estaba empeñado en lucha con el barco enemigo número 1, el *Princess Royal*, con el número 3, el *New-Zealand* con el número 4, y el *Tiger* disparaba alternativamente contra el número 1 y contra el número 4 (*Blucher*). La escuadra alemana, deseando librarse de la persecución y protegida por las densas columnas de humo de sus destroyers, tomó el rumbo al N., por lo que el almirante inglés dispuso que los cruceros de batalla tomaran la dirección N. O. y marcharan a toda velocidad. Una tentativa de los destroyers alemanes contra los cruceros ingleses fué rechazada por el fuego de éstos. A las 10 y 48', el *Blucher*, presentaba señales evidentes de haber recibido graves averías. Seis minutos después viéronse algunos submarinos alemanes que obligaron a modificar el rumbo de la escuadra inglesa, apartándola algo del grueso de la alemana. A las 11 y 3', el *Lion*, recibió una grave avería y tuvo que abandonar el lugar del combate, dirigiéndose al N. O. El almirante, que arbolaba su insignia en aquel crucero, se trasladó al *Princess Royal*, al que llegó a las 12 y 20', informándole el capitán del último barco que el *Blucher* se había ido a pique y que los cruceros de batalla enemigos se habían alejado con rumbo al E; añadió que había visto un zeppelin y un biplano, que arrojaron bombas contra los barcos que se disponían a prestar auxilio a los naufragos del *Blucher*. Termina diciendo que el *Lion* tuvo que ser remolcado por el *Indomitable*.

La relación oficial no puede ser más anodina; nada se dice en ella del resultado de la batalla, ni del *Tiger*, ni de los motivos que impidieron la persecución, ni de las bajas padecidas. En la relación de oficiales distinguidos que acompaña al parte no figura ninguno del *Tiger*, ni del *Princess Royal*.

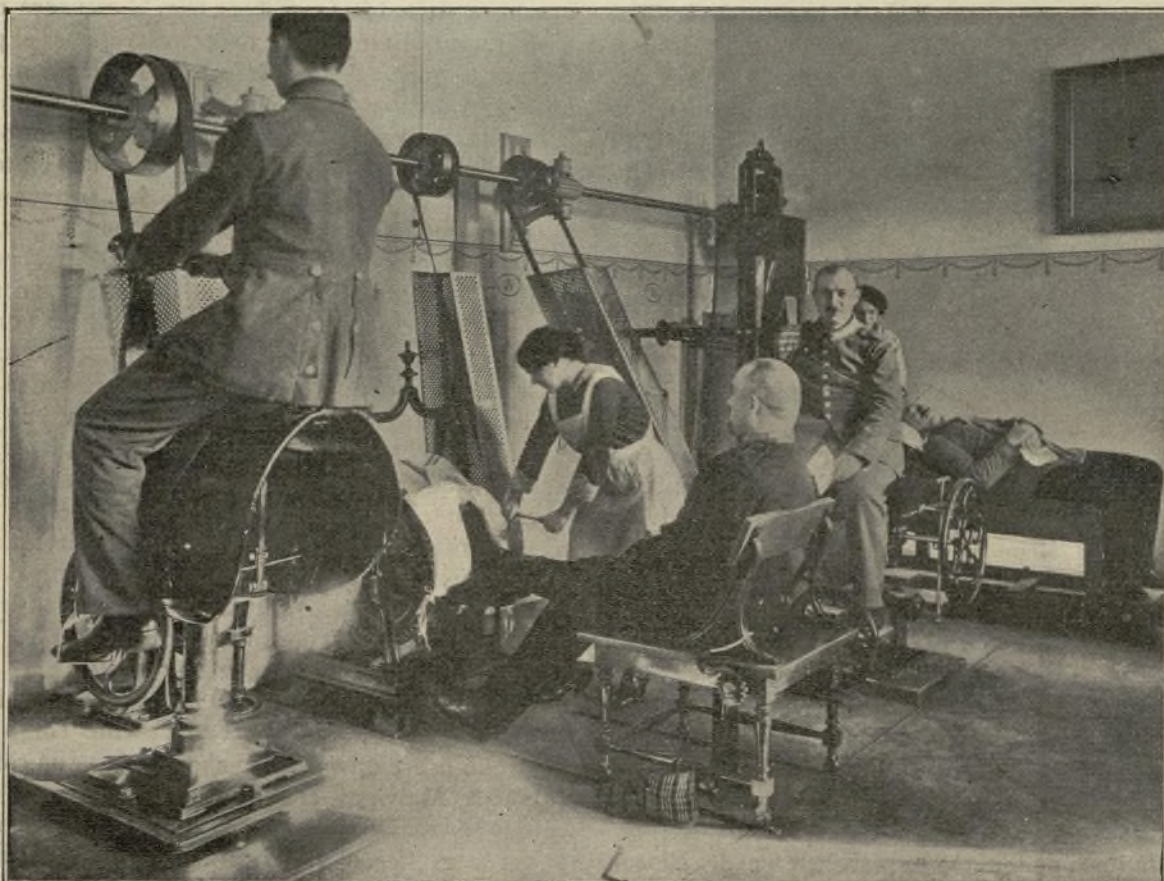
Los comentarios a que se presta este parte son muchos y no todos favorables para la escuadra británica; nos limitaremos a hacer notar que es el primer caso que se da de una relación oficial en que no se diga una palabra sobre el resultado y el fin de la batalla. Si el almirante no pudo presenciarlo porque invirtió una hora y diecisiete minutos en trasbordar desde el *Lion* al *Princess Royal*, no sucedió lo mismo con el segundo jefe de la escuadra, que, es indudable, completó la relación de sir Beatty; pero el Almirantazgo ha juzgado prudente no dar a conocer el relato del segundo jefe, siendo también curioso que el parte, fechado el 2 de febrero, no se haya hecho público hasta el 3 de marzo, a la vez que el del almirante Sturdee relativo a la victoria naval de las islas Malvinas. Se comprende, por consiguiente, el mal efecto que el parte de la batalla del mar del Norte ha causado en Inglaterra; tal efecto se refleja en los siguientes párrafos que ha escrito el redactor naval del *Times*, personalidad competente, entusiasta por su marina y que no pierde ocasión de ponderar los servicios y méritos de la flota británica.

He aquí lo que dice el referido redactor:

«No se encuentra nada en el despacho de Sir David Beatty que dé a conocer exactamente cómo se desarrolló la acción del 24 de enero, sino que como en las islas Malvinas, el encuentro degeneró casi en seguida en caza». Resume a continuación lo que antes queda explicado y a continuación agrega: «De las noticias anteriores no es posible deducir exactamente qué parte tomaron los destroyers en la acción



Soldados alemanes derribando árboles en la selva de Argona, para la construcción de abrigos y alojamientos



Tratamiento eléctrico de los heridos alemanes, en un hospital



En el campamento de prisioneros de Guben (Alemania): soldados rusos oyendo misa



Soldado alemán herido en los campos nevados de Polonia, encontrado por un perro de la Cruz Roja

sino sólo que en cierto momento los destroyers alemanes amenazaron un ataque, por lo que el *Meteor* con la división M. de destroyers pasó a la proa de los cruceros de batalla para protegerlos. Una idea de la gran velocidad de los destroyers británicos queda con esto indicada. Otro hecho que el despacho revela es que los destroyers enemigos lanzaran grandes columnas de humo para ocultar a sus cruceros, aunque esta maniobra no impidió a los barcos británicos hacer blanco en el adversario. También se nos dice que a las 10 y 54' los submarinos alemanes aparecieron por la banda de estribor, porque sir David Beatty vió con sus propios ojos un periscopio y se alejó de él. Fué a las 11 y 3' cuando el *Lion* recibió la avería que le obligó a abandonar la línea, y el almirante decidió reunirse con la escuadra a la que se incorporó por la tarde, cuando ya regresaba del combate. Entonces izó su enseña en el *Princess Royal*, cuyo capitán, O. De B. Brock, le dijo que el *Blucher* se había hundido y que un zeppelin y un hidroplano se habían esforzado en lanzar bombas sobre las unidades que querían salvar a los sobrevivientes. Nada se nos dice sobre cuándo y por qué terminó la batalla. Hay una discrepancia entre las dos primeras relaciones, porque mientras la del 25 de enero aseguraba que los submarinos y las minas impidieron la persecución, la del 28 atribuyó este hecho solamente a la acción de los submarinos alemanes. Ni ahora ni en la batalla de Sturdee se acompañan los partes de los segundos jefes de las escuadras. Lo que aconteció desde que el *Lion* quedó desarbolado y el almirante ordenó a los demás barcos que continuaran el combate con el enemigo que huía, no se ha declarado. Por consiguiente, el parte es incompleto y produce alguna decepción (disappointing). Si sólo se encontraron los submarinos, no está claro porque no fué evitado su ataque de la misma manera que sir David Beatty explicó en su despacho sobre la acción de Heligoland». A renglón seguido se elogia la previsión demostrada por el almirantazgo enviando una escuadra a las Malvinas y situando los barcos de Beatty de manera que el enemigo no pudiera eludir el encuentro, y recuerda la importancia que la rapidez, y el calibre y número de los cañones tienen en las batallas navales, y concluye con estos párrafos: «Que en ninguno de los dos casos (Malvinas y mar del Norte) conquistáramos todos los frutos de la victoria no empaña el éxito de lo realizado. Ambas acciones son un tributo a la previsión de los que proyectaron el tipo de crucero de batalla, mientras que el excelente tiro de nuestros cañones se debe al constante y esmerado ejercicio en el mar y a los métodos de determinar la distancia. En todos estos puntos, la inferioridad de los alemanes quedó patentizada.

»Por la circunstancia de desarrollarse las batallas en forma de caza no hubo ocasión para desplegar mucha destreza táctica. Lo que convenía era una decisión rápida, y tenacidad y perseverancia para detener al enemigo hasta derrotarle. La acción del mar del Norte da lugar a pensar si es conveniente que el barco insignia se coloque a la cabeza de la fila».

EL RECLUTAMIENTO EN RUSIA (1)

Ciertamente, hay muchos soldados, y buenos soldados, en Rusia; el tiempo de su servicio es bas-

tante largo, pero, como estos días se viene repitiendo, el número de soldados capaces con que cuenta Rusia no está en relación con el total de habitantes, y para demostrarlo, no puedo hacer nada mejor que referir algunas de las cosas que yo mismo he aprendido sobre el reclutamiento y el servicio militar en Rusia.

Vino una vez un señor, a quien llamaremos señor Alejandro Bobrikov, pretendiendo que sus dos hijos ingresaran en nuestra escuela, una escuela internacional de comercio; los chicos tenían quince y trece años, y debían figurar desde luego sus nombres en la lista.

—¿Cómo te llamas?—se preguntó al mayor.

—Gregorio Bobrikov.

—¿Y tú?

—Boris Laduschov.

—¡Esto es imposible!—no pude menos de exclamar.

—¿Porqué es imposible?—repuso admirado el señor Bobrikov.

Porque su hijo menor no puede llevar otro apellido de familia que el de V. mismo. Bien claramente denota el apellido del mayor que es hijo de V. y no de otro matrimonio anterior de su esposa.

—¡Bah!—dijo el señor Bobrikov—mi esposa no ha estado casada más que conmigo, pero Vds., los alemanes, son gente muy formulista, muy divertida; si V. me pregunta, le diré que todavía tengo otro hijo más pequeño, que se llama Vladimiro Lubelsky.

—¿Cómo puede ser esto?

—Cada uno de mis hijos figura como hijo único, y los hijos únicos no son llamados al servicio militar.

—¿Y si V. todavía tuviese más hijos?

—Los inscribiría como de un súbdito suizo o americano.

—Pero ¿es tan sencillo hacer esto?

—Un secretario de un ayuntamiento no es un personaje tan elevado que se resista a escribir por cien rublos lo que yo quiera.

—Según esto, sólo irán al servicio los hijos de los pobres, que no dispongan de cien rublos.

—¡Cuando digo que los alemanes son gente extraña! Yo debo dar sopa a los pobres, yo les debo dar pan, si tienen hambre, o bien les he de dar trabajo; pero ¿debo yo enviar a mis hijos al ejército porque el pobre no los puede librar del servicio?

Comprendí que no nos podíamos entender, y no insistí más.

Se trata ahora de otro joven, Ossip Baranov, el cual después de terminar los cursos de la escuela regresó a la santa Rusia. Un año más tarde, pidió a la dirección de la Escuela le enviase el certificado de estudios, añadiendo que, como se aproximaba la fecha de su servicio militar, cambiaran su nombre de Ossip Baranov por el de Ladislao Tscelyakov, y que el certificado se extendiese a este último nombre.

De seguro también debió exclamar que éramos gente muy rara, cuando se le contestó que los certificados sólo podían expedirse según los nombres que figuraban en la lista.

(1) Por referirse a costumbres apenas explicables en la Europa central y occidental, traducimos este curioso artículo, aunque sin responder de la exactitud de su contenido (Nota de la R.)

Lo que sigue ocurrió diez años después. Sascha Zepirov, un mocetón recio y cuadrado, de dieciocho años, entró en nuestra clase superior. Al cabo de un semestre, abandonó la escuela.

Poco antes de que comenzaran las vacaciones, se recibió una carta suya, en la que anunciaba que iba a regresar porque estaba a punto de expirar el tiempo de su servicio en filas.

Que un mozo de dieciocho años termine súbitamente sus deberes militares, es una cosa incomprensible para nosotros.

Las vacaciones iban a terminar, cuando se recibió una carta de Sascha diciendo que ingresaría a los ocho días de comenzadas las clases, porque su servicio militar no terminaría hasta entonces.

Efectivamente, Sascha llegó, y yo que me interesaba por la manera cómo se cumplía el servicio fuera de Alemania, le pregunté si sus deberes en el ejército habían ya concluido.

—Ciertamente— me contestó.

A este ciertamente de los rusos, estaba yo acostumbrado ya, pero yo deseaba saber algo más concreto y seguí preguntando.

—Entonces, es que has salido libre.

—¿Libre?—repuso asombrado.—¡Nada de esto! Yo he servido.

—¿Cómo es posible que en cinco o seis semanas hayas cumplido tu servicio?

—¿Por qué no? Aquí tiene V. mi licencia militar, en la que consta que he servido cinco años.

Me mostró la licencia y en ella ví que Sascha figuraba con una edad mayor en siete años de la que tenía. Constaba también que había servido en el regimiento X, en Tiflis, desde la edad de veinte años, permaneciendo cinco en filas en tiempo de paz, y que había alcanzado el grado de sargento.

Pero en la licencia había algo que me llamó aún más la atención; al pie del documento aparecía que Sascha Zepirov había extraviado por descuido un par de botas de piel, y por ello fué castigado con catorce días de arresto.

—Esta novela te habrá costado cien rublos-insinué.

—¿Cien rublos?—respondió Sascha, con un tono en el que se reflejaba que se daba cuenta de que yo ignoraba aquellas costumbres;—un comandante de distrito no hace nada por cien rublos; me ha costado trescientos rublos, lo cual no me parece caro, porque es el precio, pero el tunante se ha aprovechado de la ocasión.

—¿Acaso no tienes ya el certificado de la licencia militar?

—Sí, pero el nombramiento de sargento me ha costado otros cincuenta rublos, y la historia del extravío de las botas me ha obligado a sacar del bolsillo cincuenta rublos más.

Sascha estaba furioso. Yo me eché a reír. ¡Los alemanes somos una gente muy rara!

S. Lusz (de Manheim).

(De la *Frankfurter Zeitung*).

CÓMO SE RINDIERON MONTMEDY, GIVET Y LONGVY

Los partes oficiales franceses no han dicho una palabra acerca de la suerte de las fortalezas del N.:

únicamente declararon que Longvy había capitulado, pero negaron la rendición de Maubeuge, así como la de Laon, La Fère, Lille y otra docena de plazas. Claro es que nadie pone en duda ya cuál ha sido la suerte de todas esas fortalezas.

Después de la desgraciada batalla de Charleroi-Namur-Longvy, los franceses evacuaron la plaza de Montmedy el 28 de agosto, inutilizando las obras de defensa, destruyendo los parques y almacenes y volando el túnel del ferrocarril de Longuyon a Mezières. Como esta vía férrea era muy necesaria a los alemanes, construyeron un ramal que rodea el monte atravesado por el túnel, reanudándose el servicio de trenes hace más de tres meses.

El fuerte de Charlemont, junto a Givet, fué atacado el 29 de agosto y bombardeado durante tres días por los morteros de sitio austriacos. La plaza se rindió el 1.º de septiembre, sin que el defensor destruyera el material de guerra, ni los almacenes, de modo que todo cayó intacto, incluso los cañones, en manos de los alemanes.

El ataque a Longvy comenzó el 21 de agosto a las cuatro de la madrugada, después de una intimación que fué rechazada por el gobernador. Cinco días después, las defensas habían sido medio arrasadas y la ciudad destruída en parte, y entonces la plaza capituló: era el 26 de agosto.

GUERRA DE MONTAÑA

Teatro austro-serbio y de los Cárpatos

En estos teatros de guerra caracterizados por la naturaleza del terreno, se desarrolla una verdadera guerra de montaña.

La guerra de montaña presenta un caso particular de la guerra, y su desarrollo está ceñido, casi por completo, a las variaciones del suelo.

Quizás se podría definir la guerra de montaña, como la guerra del débil contra el fuerte. Quizás también como la lucha entre la táctica y el terreno, ya que el factor terreno aumenta las dificultades y hasta a veces anula las concepciones y los proyectos previstos.

En las regiones de montaña existen pocas comunicaciones, por lo general los caminos son malos y difíciles de acceso. Ni las tropas ni los vehículos pueden marchar con comodidad. Los caminos reales, a veces carreteros, conducen por lo general a valles flanqueados por abruptas pendientes. Las cañadas que corren al pie de las laderas forman largos y estrechos caminos, en los cuales es casi imposible el desarrollo amplio de las tropas. Además, estos caminos están casi siempre dominados por alturas. Las tropas que marchan por ellos tienen que apoderarse de estas alturas y vigilarlas para evitar las sorpresas. La columna principal en marcha se ve obligada a llevar consigo destacamentos flanqueadores, los que se envían con anticipación para que ocupen y vigilen los pasos peligrosos. Muchas veces la columna principal—según el paraje a atravesar—no rompe la marcha sino después de enterarse que los guarda-flancos han llenado su obligación.

Cada uno de los valles por donde marchan las tropas, está separado por empinadas vertientes, en las cuales no existe comunicación transversal. Por



La inspección del pan en Alemania: el comisario del Gobierno en una panadería



Patrulla de húsares alemanes en los terrenos inundados de las cercanías de Iprés

esta razón, muchas veces, cada columna está completamente aislada de la otra, y, por consiguiente, atendida a sí misma. Las noticias de los destacamentos auxiliares no se reciben sino por la retaguardia. La telegrafía sin hilos ofrece muchas ventajas para la comunicación y transmisión de noticias, y ya está desempeñando un gran papel en esta guerra.

En la guerra de montaña no se puede hablar de grandes batallas. La lucha consiste en una serie de combates aislados, en los cuales se revela la habilidad e independencia de cada uno de los combatientes.

En esta clase de guerra, por lo general, los resultados no son decisivos, ya que no existe siempre la posibilidad de reunir y disponer en el tiempo preciso, ni el punto decisivo los efectivos necesarios para el combate. Por esto es aquí más fácil que fuerzas inferiores contengan a fuerzas superiores.

El apoyo de la artillería se obtiene con mucha dificultad. La infantería está sujeta a sus propias fuerzas y es aquí donde se pone de relieve su gran capacidad de arma principal, que por sí sola puede marchar y por sí sola puede vencer.

Los servicios de exploración y seguridad, están también reservados a la infantería, puesto que el empleo de la caballería es sumamente difícil.

El aprovisionamiento de víveres de las tropas, es también difícil, puesto que el terreno no ofrece vegetación. Todo se tiene que llevar a retaguardia en animales de carga, mulos, caballos y aun burros.

La artillería de montaña difiere mucho de la de campaña. La pieza es ligera y divisible en varias partes, las que son repartidas según su peso, en varias cargas. Cada animal debe transportar un peso medio de unos 110 a 120 kilogramos. Al mismo tiempo las partes constitutivas de la pieza deben ser muy resistentes para que puedan soportar las sacu-

das brascas, a las que, por la naturaleza de los caminos, están expuestas. El número de cargas de una pieza de montaña no debe sobrepasar de seis. En fin, la artillería de montaña ha de estar siempre caracterizada por su *ligereza* respecto al peso, *ligereza* para su montaje, para entrar lo más pronto posible en posición de fuego y además *solidez* en sus mecanismos.

Si bien la táctica en la guerra de montaña está, por decirlo así, subordinada al terreno, en cambio tienen valor las *combinaciones estratégicas*. Estas pueden reducirse, por lo general, a las siguientes: ataque contra el centro, ataque de alas, ataque a las comunicaciones de retaguardia. En cada uno de estos casos, lo que vale es la rapidez en la concepción de movimiento, y rapidez en la ejecución, al mismo tiempo que una «ojeada militar» agudísima, para esquivar a tiempo el golpe que pretenda asestar el adversario.

El desarrollo de la guerra en las montañas es muy lento; y un enemigo valeroso, dispuesto a una resistencia, puede prolongar las operaciones, y a veces, fatigar y quebrantar a un adversario no preparado para esta guerra. Ni en España ni en América del Sur han faltado estas clases de guerras (como no faltarán en el porvenir). Como ejemplos consumados están la guerra carlista y la célebre campaña de la Breña en la guerra peruana-chilena. Las enseñanzas de la guerra de hoy reforzarán las deducciones de ayer.

Por esto no deja de ser interesante, principalmente para los países donde abundan las montañas, la observación atenta de las operaciones que se desarrollan en el teatro de la guerra austro-serbia y en los Cárpatos. Frente a frente están dos adversarios igualmente valerosos y bien preparados.

J. C. GUERRERO.

CRÓNICA MILITAR

I. La campaña en el teatro occidental.—II. La campaña en el teatro oriental.—III. Los combates en los Dardanelos.
IV. La situación el 17 de marzo

I.—La campaña en el teatro occidental

Los comunicados oficiales de los beligerantes sobre las operaciones que han tenido lugar en Francia desde los primeros días de febrero, han dado a conocer que los franceses empeñaron seis cuerpos de ejército en un ataque contra las líneas alemanas al E. de Reims, en el sector de Perthes, sin conseguir ningún resultado apreciable. Confirman, también, lo que más de una vez he dicho: los alemanes tienen escasas fuerzas en el frente, pero cuentan con sólidas reservas, muy bien situadas, cuya llegada oportuna al lugar de la lucha restableció el equilibrio y produjo el fracaso de la tentativa francesa. El comunicado alemán reconoce que las bajas padecidas por los ejércitos del Kaiser en estos combates de la Champaña (unos 15.000 hombres), fueron mayores que las sufridas en las batallas de Augustovo, que tan espléndido botín pusieron en manos del vencedor; de donde se infiere lo maltrecho y debili-

tado en su cohesión que se halla el ejército ruso, ya que de otro modo no se comprende cómo con solo el sacrificio de 12 ó 14 mil hombres, es posible hacer 100.000 prisioneros y tomar 300 cañones.

Declara el comunicado francés que los ataques de febrero y marzo no tuvieron otro objeto que producir una fuerte presión sobre el enemigo, para imposibilitarle el envío de refuerzos al teatro oriental y permitir a los rusos que desarrollaran su acción en buenas condiciones.

Esta operación tiene grande analogía con la salida que hiciera parte de una guarnición sitiada, para atraer hacia sí una porción de las fuerzas sitiadoras, en tanto un ejército de socorro tratara de romper las líneas de circunvalación; pero esta semejanza desaparece si los hechos se examinan serenamente desde el punto de vista militar.

El frente de batalla en Francia mide unos 700 kilómetros y hay empeñados en él más de tres millones de hombres, franceses, británicos y belgas; la

batalla de la Champaña se ha desenvuelto en un frente de unos 20 kilómetros. Reunir 240.000 hombres en tan escasa superficie y lanzarlos al ataque es una aplicación al pie de la letra del principio de la concentración de fuerzas en el tiempo y el espacio para romper el frente enemigo, o sea el fundamental de toda ofensiva a fondo. Una demostración, que no otra cosa es el atraer fuerzas enemigas superiores o inferiores para privarlas de que intervengan en otro punto, no se ha realizado jamás de este modo, ni, por lo demás, había necesidad de reunir tantas fuerzas en un solo sector, si se quería apoyar indirectamente al ejército ruso, bastando simular ataques a lo largo de casi todo el frente sin más que aprovechar la gran superioridad de fuerzas de los aliados sobre

las fuerzas psicológicas del ejército que las materiales, por lo que no se debe inferirle el agravio de haber olvidado esta saludable regla en la presente ocasión.

En sus resultados tangibles, la ofensiva francesa no ha correspondido al pensamiento que la inspiró: sea demostración, sea ataque, los alemanes la contuvieron sin necesidad de modificar las disposiciones adoptadas para su campaña en Rusia. La ayuda francesa no dejó sentir sus favorables efectos sobre las operaciones en el teatro oriental, toda vez que los rusos fueron batidos en todo el frente; su reacción ofensiva ha degenerado en derrota, lo mismo desde Grodno a Angustovo que en Osoviecs, que en Przanisz, donde su efímero éxito contra dos divisiones



Cazadores franceses alpinos avanzando al ataque en Steinbach

los alemanes, cuyos ejércitos respectivos están aproximadamente en la relación de 2: 1.

Por la persistencia de la ofensiva en un lugar determinado, por la sucesiva llamada de fuerzas a él, y por las mismas declaraciones de los periódicos más autorizados—quienes desde mediados de febrero han llamado a esos combates batalla de Hurlus y anunciado una victoria próxima—, ha de deducirse que el empeño tuvo un fin más militar y positivo que el que le asigna el comunicado: la ruptura del frente enemigo.

Los factores psicológicos ocupan en el ejército francés—al revés del ruso—un lugar preponderante; y por eso es más difícil de admitir que se lanzaran al ataque seis cuerpos de ejército sin la esperanza ni el deseo de lograr una victoria; al fin del empeño, el soldado, a quien no llegan, ni comprende, las abstractas combinaciones y planes del mando, que se persuadiera de la inutilidad de sus esfuerzos y se viera siempre rechazado, sufriría un rudo golpe en su moral y buen espíritu. Esto lo ha tenido muy presente en esta guerra el gran cuartel general francés, que ha tendido con más constancia a preservar

alemanas de reserva fué inmediatamente seguido por descabros de consideración.

En el extremo O. de la línea de los aliados, en Flandes, los ingleses han realizado un pequeño avance al N. de La Bassée, apoderándose de la aldea de Neuve Chapelle. Como desde mediados de febrero han desembarcado en los puertos del Canal varios cuerpos británicos, es de suponer que este aumento de fuerzas les ha facilitado aquel avance. De todos modos, la situación local de los beligerantes no ha variado, porque el adelanto o el retroceso de uno o dos kilómetros en uno o varios puntos no puede tener consecuencias, hallándose, como se hallan, fortificadas todas las posiciones importantes en una profundidad de varios kilómetros.

Como resumen de los combates que hace seis meses se libran en Francia, hay que repetir lo dicho varias veces, en lo que concierne al invasor: desde el 5 de septiembre los alemanes se mantienen a la defensiva en Francia, esperando decidir la campaña en el Este o ejecutar una acción más directa contra Inglaterra; en lo que atañe a los aliados, sus dos intentos, de ofensiva general en diciembre, y de ofen-



siva local en febrero y marzo, han fracasado.

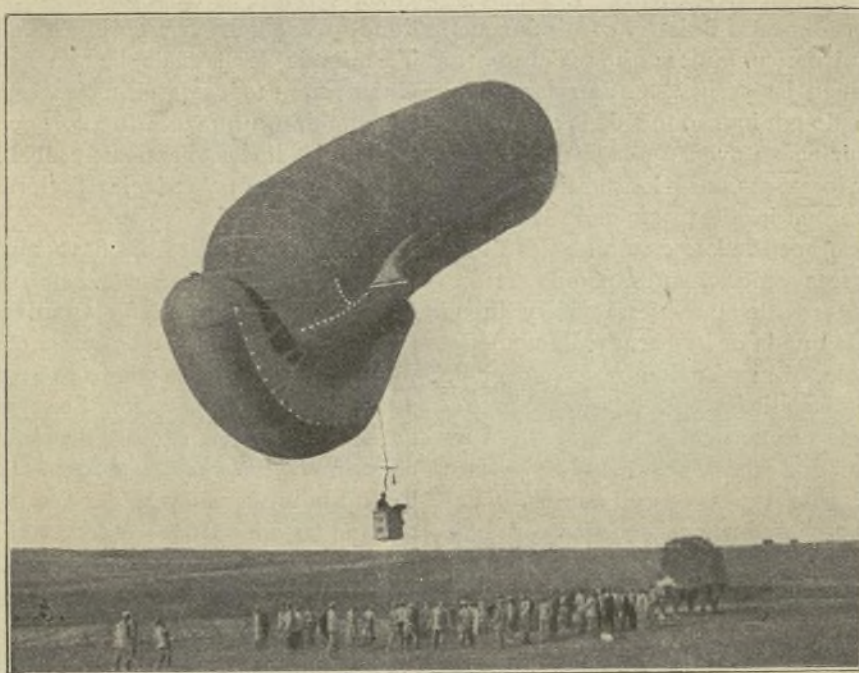
Es posible que la ofensiva se reanude por tercera vez, así que el general Pau—enviado a Rusia—se haya puesto de acuerdo con el cuartel general moskovita, sobre la acción que los ejércitos de los tres aliados han de desarrollar concertadamente en ambos frentes.

II.—La campaña en el teatro oriental

La retirada del frente de batalla de la mitad del ejército alemán, el mismo día que terminó la batalla de Augustovo—que ya conocen mis lectores—no pasó inadvertida a los rusos. Aprovechando la presencia de las reservas estacionadas en la línea de plazas fuertes y la gran densidad del frente del ejército, el gran duque dispuso una contraofensiva, que se desarrolló primero en el sector de Przanysz y luego

los atribuyo a haber abandonado aquel teatro, para dirigirse al N., los más de los cuerpos moskovitas que comenzaban a operar en él.

Si esta presunción es cierta, implicaría la rectificación del método empleado por el gran duque desde el principio de la guerra, y que, como reiteradamente he expuesto, consistía en distribuir casi con uniformidad las fuerzas en todo el frente, para sostener una ofensiva general. Cuando el general Pau llegó a Rusia, todavía se observaba ese sistema incoloro e ineficaz de hacer la guerra, pero a los dos o tres días de la llegada de aquel general a Petrogrado fué suspendido el avance en Galizia oriental y Bukovina, y hasta se concede menos interés en los partes oficiales rusos a lo que acontece en los Cárpatos: podría muy bien ser que el consejo del general Pau, técnico eminente y reputado, prevaleciera en el cuartel general ruso, y que éste, por fin, se haya



Globo-cometa alemán, elevándose para una observación

en el de Grodno. En aquél, donde los rusos acababan de sufrir una derrota, fueron enseguida vencidos los alemanes, pero algunos cuerpos que desembocaron desde Chorzele y Mlava acometieron de flanco a los moskovitas, derrotándolos por segunda vez. El mismo desgraciado éxito ha tenido el avance sobre Augustovo. Ossoviecs continúa siendo bombardeada por los alemanes.

Aunque se observa la presencia de gruesas masas germanas en el sector de Przanisz, no puede afirmarse todavía que la nueva concentración, y por consiguiente la nueva ofensiva, se realice entre el Vístula y el Narev.

No ha variado la campaña al O. de Varsovia, ni en los Cárpatos, ni en Galizia oriental y Bukovina. Las numerosas tropas que los rusos habían enviado al valle del Dniester, y que les permitieron la recuperación de Stanislau, han detenido su avance, y la situación, que por un momento pareció volver a ser crítica para los austriacos—desprovistos del apoyo de las tropas alemanas, llamadas a otra parte—se ha calmado. Aunque nada dicen los partes oficiales sobre los motivos de esta pausa en la ofensiva rusa,

convencido de que los Cárpatos y Galizia tienen una importancia secundaria en el resultado de la guerra, y que la decisión hay que buscarla más al N., contra el ejército alemán.

En tal caso, el mariscal Hindenburg tendrá que habérselas con un enemigo que, aunque tarde, se habrá dado cuenta de los errores pasados y querrá enmendarlos y redimirse de las derrotas padecidas. Esto, que sería difícil en otro cualquier ejército, no lo es tanto en el ruso, cuya primera materia, el soldado, es excelente. La nueva campaña, que se acerca a pasos agigantados, tendrá, pues, más interés todavía que las anteriores y sus consecuencias serán asimismo más decisivas para Rusia. Posible es también que en esta nueva fase de la guerra se asigne al ejército austriaco un cometido más activo que el que ha desempeñado hasta aquí; ello sería la mejor demostración de que no se encuentra tan quebrantado como se afirma.

III.—Los combates en los Dardanelos

Desde el momento mismo en que los barcos de guerra tuvieron que entrar en las enfilaciones del

estrecho interior y someterse al fuego de los fuertes y baterías de costa, era imposible que las operaciones de la escuadra aliada se desarrollaran tan rápida y felizmente como cuando sólo se trató de reducir a los vetustos y mal artillados fuertes de la boca.

Los dos fuertes más avanzados de la angostura han sufrido desperfectos, como también algunos otros batidos por el fuego indirecto de los cañones de las unidades destacadas al golfo de Saros. Han prosseguido los trabajos de dragado de los torpedos sumergidos, y poco a poco la escuadra aliada se va acercando al objetivo final. Este se encuentra todavía lejano si los turcos se defienden con el mismo ardor que han desplegado estos días.

Comprendiéndolo así, se activan los preparativos para desembarcar un cuerpo numeroso de tropas, cuya cooperación podría ser decisiva si los turcos fueran derrotados en tierra. No se sabe si el ejército expedicionario avanzará por Bulair, por la península de Gallipoli o invadirá el Asia Menor. Los barcos de los aliados han cañoneado Bulair y continúan sus ataques contra Smirna; cualquiera que sea el punto en que desembarquen las tropas, ha de estar completamente dominado por los cañones de la escuadra, y ello exige que inicien su avance por tierra a unos 60 kilómetros, por lo menos, de Constantinopla. A medida que se internen irá desapareciendo la eficaz protección de los cañones de la escuadra, y las dificultades de la empresa serán mayores; pero la acción combinada de las fuerzas de mar y tierra no hay duda que será más rápida que la de los barcos solamente.

Sin ser imposible, ni mucho menos, la empresa que han acometido los aliados, está erizada de escollos; una garantía de su buen éxito es la lentitud y el método con que hasta ahora se desenvuelve. No ha llegado todavía para los turcos el momento de patentizar si están preparados y capacitados para hacer frente a una acometida tan formidable; ellos son los que han de decir la última palabra en este pleito.

IV.—La situación el 17 de marzo

En el teatro oriental se acentúa la concentración de tropas alemanas entre Mlava y Varsovia, fuertes, al parecer, de diez cuerpos de ejército. Se ha seguido luchando en todo el frente; con éxito desgraciado, para los rusos, cuyos débiles intentos de contraofensiva han abortado. Prosigue el ataque de Ossoviets. Nada digno de mencionarse ha ocurrido al O. de Varsovia; en el sector de Kielv, los alemanes han obtenido un pequeño triunfo. Las noticias de la lucha en los Cárpatos continúan siendo tan confusas y contradictorias como de costumbre. En el extremo Sur de la línea, los rusos continúan inactivos, lo mismo que los austriacos. Lo más saliente es el hecho, que se cree exacto, de haber entrado en Bukovina y la Galicia oriental los cuerpos alemanes que se en-

contraban en la Transilvania, tal vez para llenar el hueco dejado por los que, después de reconquistar aquellas comarcas, fueron llamados a la Prusia oriental.

En el teatro occidental, los combates han tenido especial viveza en el ala izquierda de los aliados, donde los ingleses, con la cooperación de los franceses y belgas, han logrado algunas ventajas entre Estaires y La Bassée, sobre todo en los alrededores de Neuve Chapelle, aunque no han podido desembarcar de este punto, ni modificar la situación general de la línea alemana. Se encuentran en la actualidad en Flandes dos ejércitos británicos, seis a ocho cuerpos, con una fuerza aproximada de 250 a 300,000 hombres, confirmándose el desembarco de unos 100,000 hombres en la segunda quincena de febrero y primeros días de marzo. No se ha interrumpido la actividad de los franceses en la selva de Argona, ni al E. de Reims. Resulta anómalo que de todo el larguísimo frente de batalla, sea el centro, hacia Roye, donde reine más tranquilidad hace cuatro meses. Terminada la llamada batalla de Hurlus o de la Champaña, todos los indicios son de que se está ejecutando un nuevo esfuerzo por los aliados para romper las líneas enemigas, probablemente de concierto con alguna enérgica acción que emprendan los rusos.

En los Dardanelos, las flotas aliadas están siendo contenidas por los fuertes y baterías de la angostura. Ha fracasado también una tentativa para rastrear los torpedos que defienden aquel paso, habiéndose ido a pique varias chalupas y sufrido averías los cruceros que protegían la operación. Se sabe también que algunas unidades francesas y británicas han recibido daños de consideración, pero no el nombre de aquellas, ni la importancia de las averías. Si en la última semana las operaciones de forzar el paso de los Dardanelos no han adelantado nada, en compensación han sido casi totalmente destruidas las defensas del golfo de Smirna. Nada tendría de extraño que las tropas de desembarco, principalmente francesas, destinadas a Oriente sean empleadas en las costas de Siria. Los acontecimientos en el Asia Menor pueden influir decisivamente en el desarrollo de la guerra.

En el Cáucaso han vuelto a ponerse en contacto las avanzadas rusas y turcas, pero no se ha empeñado ninguna acción importante. Nada se sabe, desde primeros de febrero, de lo que acontece en Persia.

El pequeño crucero alemán *Dresden*, que pudo librarse de la persecución a raíz de la batalla naval de las islas Malvinas, ha sido destruido, tras un corto combate, por los cruceros británicos *Glasgow*, *Orama* y *Kent*, en aguas de Juan Fernandez.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

17 marzo 1915.